

Intermediarios de dos culturas

José P. Fitzpatrick, Ph. D.

Profesor de Sociología de la Universidad de Fordham.

Cada día aparece con mayor claridad que la Iglesia Católica está avocada en el Hemisferio Occidental a un triunfo o a una tragedia en el presente siglo. El resultado depende en gran parte de Latinoamérica. De donde se sigue que el papel que ha de desempeñar la Iglesia hispanoamericana es de importancia capital.

La Iglesia de los Estados Unidos tendrá una gran intervención en el resultado mencionado. Los católicos hispanoamericanos de los Estados Unidos pueden resultar un factor de importancia cada vez mayor en el progreso de la Iglesia, nada menos que el de ser un lazo de unión entre los católicos de la América del Norte y la del Sur para unidos iniciar una nueva y más gloriosa era del catolicismo.

De ser así, el apostolado de los hispanoamericanos en los Estados Unidos merece una nueva y seria atención. La enseñanza del catecismo de los niños puertorriqueños en East Harlem o la organización de la Acción Católica entre los niños mejicanos, de diez años, no podrán ya ser considerados como problemas locales de Nueva York o San Antonio, puesto que forman parte de la gran aventura que la Iglesia tiene que afrontar dentro de pocos años.

El problema religioso de Latinoamérica es una sencilla cuestión de aritmética. Su población crece a un ritmo el mayor del mundo. Entretanto su clero aumenta muy poco a poco. Son cifras que descartan de manera desconcertante la posibilidad de reservas espirituales. En 1950 Latinoamérica tenía una población de 162 millones. Esta población se doblará para 1980. Para el año 2.000, Latinoamérica contará con más de 500 millones y puede llegar a tener el doble de la población de Estados Unidos y Canadá juntos.

Aunque es aventurado el proyectar sobre datos demográficos, no hay duda que el asunto población de Latinoamérica habrá de exigir la atención de los hombres estudiosos en los próximos años. Al mismo tiempo el número de los neosacerdotes el año 1954 fue únicamente de 671,

a uno por 7.000 nuevos habitantes. Ha de tenerse en cuenta que casi la tercera parte de estos nuevos sacerdotes se encuentran en México. Si nos apercebimos que este aumento de población pertenece a un mundo nominalmente católico, pero donde la escasez de sacerdotes es alarmante y la falta de instrucción religiosa es enorme, se hecha de ver la razón de quienes consideran a la Iglesia frente a una gran victoria o ante un gran desastre para la segunda mitad del presente siglo.

Todo esto arroja una nueva luz para comprender la importancia del apostolado con los hispanoamericanos de los Estados Unidos, apostolado que está tomando considerables proporciones. Hay en Nueva York más de medio millón de puertorriqueños, y para fin de 1955 habían de llegar otros 30.000 más. Casi un tercio de la diócesis de Nueva York está compuesta de hispanoamericanos. El promedio de crecimiento demográfico de los puertorriqueños es casi el doble del de toda la raza blanca tomada en bloque, y el 40% de su población es inferior a los 15 años. Siendo que cuanto más jóvenes el crecimiento por nacimiento será mayor, va a resultar que la ciudad y diócesis de Nueva York irá cobrando un carácter marcadamente hispano.

Por lo demás Nueva York es solo una pequeña parte del cuadro. El catolicismo era tradicional en el Sur de los Estados Unidos mucho antes que los emigrantes europeos hubieron arribado a nuestras costas; pero ahora va siendo más estrecho el contacto del influjo mejicano con las ciudades americanas y debido a esto los problemas relacionados con los hispanoamericanos excitan más vivamente la atención, tanto de los mexicanos como de los americanos. Se calcula que hay al menos 3 millones de origen mejicano en el Sudeste. En 1953 entraron en Estados Unidos legalmente 17.500 mexicanos; en 1956 la cifra subió a 36.000 y nadie sabe los cientos de miles de los llamados "espaldas mojadas" que han ingresado y permanecido ilegalmente.

Además de los mejicanos, desde hace ocho años han venido a los Estados Unidos 33.000 cubanos y para 1955 se esperaban 14.000 más. Las características demográficas parecen ser las mismas que las de los puertorriqueños: elevados índices de nacimiento, gran porcentaje de jóvenes. Todo esto quiere decir que la población hispanoamericana puede comenzar pronto a tomar proporciones semejantes a las de otras grandes migraciones del siglo pasado. Siendo esto así, el apostolado de la población hispanoamericana representará un problema crítico para la buena marcha de la Iglesia en los Estados Unidos.

LA CONFERENCIA PRO EMIGRANTES PUERTORRIQUEÑOS

En vista de todo esto es bien significativo que a fines de 1955 su Eminencia el Cardenal Spellman enviara a su clero una circular con la "Relación de la Conferencia sobre el Cuidado Espiritual de los Emigrantes Puertorriqueños". (Pueden adquirirse ejemplares a \$ 4.75 en la Oficina Coordinadora de la Acción Católica Hispana, 453 Madison Ave. N. Y. C.) Se celebró esta conferencia, patrocinada por sus Excias. Rdmas. James P. Davis, de San Juan de Puerto Rico, y James E. Mc. Manus C. SS. R., de Ponce, durante la semana de Pascua de 1955 y asistieron a ella 35 sacerdotes del continente y 77 sacerdotes de las dos diócesis puertorriqueñas y

se discutieron los métodos de proveer a los puertorriqueños de los cuidados espirituales antes de venir al continente, después de que se establecen en sus ciudades o cuando sólo vienen por temporadas a trabajar en los campos y haciendas. Muchos de los sacerdotes asistentes tenían una larga experiencia de escalar los picachos de las montañas puertorriqueñas o las inseguras escaleras de las boardillas en Harlem o el bajo East Side de Nueva York, y conocían las satisfacciones y decepciones, las esperanzas y descorazonadas de este gran apostolado.

Un sacerdote de Nueva York, para poner un ejemplo, había levantado un censo en abril de 1954. Tenía 3.000 puertorriqueños en su parroquia y se encontraba abrumado de trabajo. Levantó otro censo en noviembre y el número había subido a 5.000. En abril en una sola manzana se encontró con 26 familias puertorriqueñas. En noviembre también eran 26, pero 21 eran distintas, total que el 80% había cambiado en ocho meses.

El sacerdote estaba ilusionado con abrir una escuela o un centro parroquial. En esto los empleados de la Alcaldía le avisan que planean la demolición de una extensa sección de la parroquia para la edificación de viviendas de medio precio. De este modo el rebaño de fieles viene a esparcirse en la vida comparable con el juego del escondite que los puertorriqueños y el sacerdote a su cuidado tienen que llevar en la mudable e incierta situación de los barrios neoyorquinos.

Otro sacerdote de una de las parroquias rurales de Puerto Rico describe las condiciones en las que se desarrolla su trabajo. Tiene a su cuidado 92.000 almas. Hay siete sacerdotes. La parroquia tiene una extensión de cien millas cuadradas, gran parte montañosa, por donde no se puede caminar sino a caballo. Tienen 5.000 niños en sus espléndidas escuelas parroquiales, pero otros 16.000 deben asistir a las públicas.

Estos son unos cuantos ejemplos típicos del dificultoso apostolado que hay que ejercitar afrontando grandes molestias, frecuente indiferencia y cifras en aumento descorazonador. Muchas veces, aun sacerdotes celosos pero sobrecargados de trabajo, piensan como que no están haciendo nada.

Sin embargo no reinó el pesimismo en la conferencia. Solamente reinaba el entusiasmo, la generosa entrega al cuidado de un pueblo que, según el parecer general, recompensará el trabajo abundantemente en los años venideros. Dondequiera se ven señales esperanzadoras del creciente vigor del catolicismo, aun en la misma isla de Puerto Rico. Varias relaciones llegadas de las diócesis del continente ofrecían también un cuadro alentador de los heroicos esfuerzos llevados a cabo. Según el parecer general, el puertorriqueño está bien dispuesto y responde de la mejor manera si se le trata comprensiva y respetuosamente.

Lo que da un carácter único a la experiencia estadounidense en la migración puertorriqueña es el hecho de que ellos son los primeros católicos que provienen de una región que por lo escasa en sacerdotes se puede considerar como tierra de misión; son los primeros católicos que arriban a la Costa Este desde una tierra de tradición colonial española y son también los primeros católicos que en muchos casos tienen que afrontar la situación de tener que integrarse en parroquias ya existentes y no en parroquias nacionales establecidas para sólo ellos.

Todos estos factores nos llevan a un nuevo apostolado, a una nueva aventura extraordinaria, de promesas desacostumbradas, pero también cargadas de inauditos peligros. El éxito traerá a la Iglesia de los Estados Unidos el vigor, el heroísmo y la lealtad de la influencia hispánica. El desastre dejará desaprovechada la rica promesa encerrada en la migración hispanoamericana a los Estados Unidos.

LA PARROQUIA MISIONERA

El hecho de que los puertorriqueños proceden de un campo de misión en cuanto a la falta de sacerdotes y de la consiguiente falta de instrucción, representa un problema misional. La misión no ha hecho sino trasladarse de una parte a otra. Es verdad que muchos puertorriqueños están bien instruidos y son piadosos, pero por lo general el nivel de su instrucción religiosa es por demás bajo. La causa es clara para los sacerdotes que conocen Puerto Rico. Apenas hay un sacerdote para cada 7.000 católicos cuando en Nueva York hay uno por cada 750.

Cuando el puertorriqueño llega a una parroquia del continente, no se puede esperar de él que al punto se acomode a un modo preestablecido de vida. Tiene que ser buscado, hay que ganar su confianza, ha de ser instruido paciente y amablemente, no solo en cuanto a la práctica de su fe sino al modo de practicarla en una parroquia ciudadana de extensa y complicada organización.

Es necesario el contacto personal. El puertorriqueño puede que no siempre se muestre dispuesto a seguir la doctrina que se le enseña, pero siempre seguirá al sacerdote a quien llegue a querer. Si ese acercamiento llega a hacerse —y de que es posible son testigos todos y cada uno de los sacerdotes que trabajan con ellos— el puertorriqueño llegará a ser sincero y piadoso católico.

Sin embargo la parroquia de la ciudad no está equipada para un apostolado misionero. No todos los sacerdotes disponen ni del tiempo ni del talento necesario para ocuparse en él de manera efectiva. A menos que la parroquia ciudadana pueda ajustarse a las necesidades de su nuevo rebaño, en vez de insistir que el rebaño se ajuste a ella, se expresaron serias dudas de que el apostolado con los puertorriqueños resulte satisfactorio.

TRADICIONES HISPANICAS

En segundo lugar el puertorriqueño viene de una tierra de tradición colonial hispánica. Su adhesión a la Iglesia no se funda tanto en la instrucción y convicción, como en las costumbres sociales y religiosas: sus medallas, sus imágenes, sus fiestas.

Uno de los grandes legados de España consiste en esta inmersión de su pueblo en una cultura que llevó la fe a todos los rincones de su vida, haciéndolos sentirse fuertemente identificados con todo lo que creen ser católico. Viven compenetrados del silencio y reverencia del Jueves y Viernes Santo; lloran con la Virgen en la gran procesión de la Virgen de los Dolores; intervienen en la alegre escena del encuentro de María con

Jesús resucitado, la mañana del Domingo de Pascua; llevan al niño a su casa antes de Navidad para asegurarle en ellas su posada; toman el puesto de los tres Reyes para traer regalos a sus niños en la Epifanía; rezan el rosario durante nueve días después de la muerte de alguno de los suyos; entreveran en la conversación referencias familiares a la Virgen y los Santos; piden la bendición de sus padres al salir o entrar en casa.

El respetar estas costumbres y esforzarse por preservarlas cuanto se pueda salvar de ellas, no es un simple fomentar trivialidades. Es una parte del esfuerzo necesario para salvar lo que ha sido la fe de millares de su pueblo. Un sacerdote necesita imaginación e ingenuidad para encontrar la manera de preservarlas entre sus nuevos parroquianos. Pero más que todo necesita genuino respeto y aprecio para ellas y para el apoyo que significan para la fe hasta el día en que la instrucción y la convicción capaciten a sus nuevos fieles a poder prescindir de ellas.

A todo esto se añade lo doloroso del "arrancón" —inevitable en el paso a una nueva cultura— de un mundo donde se encontraban en casa a otro nuevo donde son extranjeros. La repercusión más aguda se produce en la familia, cuyas características latinas la exponen a serias dificultades. El 25% de las uniones en el mismo Puerto Rico se hacen sin intervención, ni eclesiástica, ni civil. Ahora parece que la mitad de las familias puertorriqueñas del continente están formadas por el matrimonio católico.

LA INTEGRACION EN PARROQUIAS YA EXISTENTES

Este cambio de cultura y de costumbres religiosas no sería tan grande si los puertorriqueños fueran a parar a parroquias establecidas para solo ellos. Inmigrantes anteriores, alemanes, italianos, polacos, por lo general fundaron parroquias donde se hablaba su propia lengua, en la que se preservaban muchas de sus costumbres y eran servidas por clero de su propia cultura y ascendencia. Algunas diócesis están tratando de hacer lo mismo con los puertorriqueños, pero muchas veces ni es posible, ni aconsejable.

Los puertorriqueños se esparcen por las diversas secciones de ciudades superpobladas en las que se encuentran en el centro de una parroquia ya existente organizada por Alemanes, Italianos o Irlandeses, con un clero de diferente idioma y ascendencia, desconocedor del género de catolicismo que ellos han conocido en Puerto Rico. En tales situaciones algunas diócesis han adoptado prácticamente el método de integrarlos en las parroquias ya existentes, sin que se haga mención de que debían celebrarse servicios especiales para ellos y de que era esencial la presencia de un sacerdote que hablara español.

Otro punto muy importante. El influjo de los nuevos parroquianos plantea a los parroquianos residentes más antiguos la especial obligación de aceptar a los puertorriqueños como parroquianos de primera clase. La integración, como se hizo ver frecuentemente en la conferencia, viene a ser una calle de doble vía. Si los puertorriqueños han de integrarse con los antiguos residentes, esto implica que los antiguos residentes se integren con los puertorriqueños.

En consecuencia, las relaciones sociales toman la forma no de una obra benéfica sino de parte esencial de un apostolado vital, que ha de

consistir, de parte de los antiguos, en un esfuerzo por comprender la ascendencia de los puertorriqueños, en respetarlos, en compartir con ellos las oportunidades de participar en la vida común de la parroquia.

Estos fueron algunos de los muchos puntos importantes tratados en la conferencia. Abrigamos una gran esperanza de que sean el punto de partida de un apostolado más efectivo y sistemático que aseguraría a los hispanoamericanos el llegar a ser una parte vigorosa de la Iglesia en los Estados Unidos.

UN PUENTE DE UNION

Siendo las Islas del Mar Caribe el punto donde se encuentran las dos culturas Latino y Norte Americana, abrigamos una gran confianza de que los emigrantes latinoamericanos que de ellas salen, sirvan en la Providencia de Dios de preparación a la futura grandeza de la Iglesia en Latinoamérica. Si los hispanoamericanos llegan a ser en los Estados Unidos un pueblo católico vigoroso y bien instruido, podrán ser, si algunos, el lazo cultural y religioso de las dos partes del hemisferio.

Partícipes de la tradición latina, ellos comprenderán a los hispanoamericanos, que los norteamericanos encuentran difíciles de tratar. Participarán del trasfondo de los ideales y carácter que han hecho grandes a los hispanoamericanos y además, recibirán lo mejor que puede ofrecerles una vigorosa y bien organizada Iglesia en los Estados Unidos. Ellos serán en sus vidas el puente entre dos mundos, un símbolo de la Iglesia misma, una en la fe y múltiple en la cultura. Pero solamente lo podrán si los Americanos tenemos la gracia y la sabiduría de aceptar generosamente la oportunidad que Dios nos ofrece.

